



Estudios Políticos

ISSN: 0121-5167

Universidad de Antioquia

García Parra, Pío

La Alianza del Pacífico y Colombia ante la escalada china 1 2

Estudios Políticos, núm. 52, 2018, Enero-Junio, pp. 15-35

Universidad de Antioquia

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.espo.n52a02>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16455223002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

UAEH  redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso
abierto



Contención del renacer
Grabado al taco perdido (Linóleo)
35 x 25 cm
2017
Medellín



La Alianza del Pacífico y Colombia ante la escalada china*

Pío García Parra (Colombia)**

Resumen

El abatimiento del comercio mundial por efecto de la crisis de 2008 alentó el proyecto asociativo entre México, Chile, Perú y Colombia en 2013. Fieles al credo neoliberal, acordaron exponer sus aparatos productivos a una intensa competencia mutua, divergente de los proyectos para ampliar el mercado regional bajo parámetros proteccionistas, al modo de Mercosur. Compenetrado el cuarteto en una «integración profunda», tuvo allí la base para acometer el ingreso a los mercados asiáticos, en asocio con la nueva generación de acuerdos comerciales, de los cuales el Tratado Transpacífico fue emblemático. Aquí, desde una perspectiva geopolítica se valoran las opciones de política conjunta para Asia, bajo la hipótesis de autolimitación china de su presencia en América Latina, lo cual abre oportunidades de intercambio económico, social y cultural más intenso con ese país.

Palabras clave

Política Exterior; Geopolítica; Gobernanza Global; Alianza del Pacífico; China; Colombia.

Fecha de recepción: febrero de 2017 • **Fecha de aprobación:** junio de 2017

[15]

Cómo citar este artículo

García Parra, Pío. (2018). La Alianza del Pacífico y Colombia ante la escalada china. *Estudios Políticos* (Universidad de Antioquia), 52, pp. 15-35. <http://doi.org/10.17533/udea.espo.n52a02>

* El artículo es producto del proyecto de investigación *Geopolítica de Asia*, inscrito en el Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación (Colciencias).

** Licenciado en Filosofía y Letras. Magister en Análisis de Problemas Políticos, Económicos e Internacionales Contemporáneos. Doctor en Filosofía. Investigador del Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales (Oasis), en el Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales (CIPE), Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales, Universidad Externado de Colombia. Correo electrónico: pio.garcia@uexternado.edu.co

The Pacific Alliance and How Colombia Is Facing China's Raise to Global Economic Superpower

Abstract

The downing of the world trade in the aftermath of the 2008 economic crisis encouraged the association between Mexico, Chile, Peru and Colombia. In 2013, faithful to the neoliberal creed, they agreed to expose their productive apparatus to intense and mutual competition, in a divergent way of projects in order to expand the regional market under protectionist parameters, like Mercosur. The «deep integration» of these contries would allow them to establish a base for entering Asian markets, in partnership with the new generation of trade agreements, of which the trans-Pacific Treaty was emblematic. We examine options of joint policy for Asia from a geopolitical perspective under the hypothesis of Chinese self-limitation of its presence in Latin America options, which, at the same time, opens up opportunities for more intense economic, social and cultural exchanges with that country.

Keywords

Foreing Policy; Geopolitics; Global Governance; Pacific Alliance; China; Colombia.

Introducción

En calidad de motor del crecimiento mundial de las dos últimas décadas y, tal vez, de unas cuantas más en el futuro, la zona Este y Sur asiática —que incluye a India— capta la atención de las nuevas políticas exteriores. Por ese motivo, también debe ocupar un lugar relevante en los planes de un país como Colombia, que lucha por reinventarse y moverse con claridad en el sistema internacional contemporáneo. Dentro de las dimensiones posibles, mucho se ha insistido en el acceso al Asia-Pacífico. El propósito de este artículo es examinar el potencial de inserción asiática a través de la Alianza del Pacífico, con el fin de delinear direcciones deseables de la política exterior colombiana hacia esa parte del mundo, subrayando la relación con China.

En el orden analítico, es preciso insistir en el recurso metodológico que facilite la comprensión de las relaciones sociales con una perspectiva integral, que ponga de manifiesto la complejidad de las fuerzas en acción, como única manera de superar los enfoques dogmáticos y dicotómicos. Hace falta, por tanto, tomar en cuenta el «tercero ausente» —o el tercer elemento que disputan las fuerzas en contienda— (Bobbio, 1997; De Gregori, 2002), porque es fundamental para entender los movimientos de atracción y repulsión de índole mundial y regional, claves en el examen geopolítico.

[17]

Por estas consideraciones, la hipótesis de trabajo plantea que la participación de Colombia en la Alianza del Pacífico es un activo de considerable valor en los intentos de facilitar las operaciones económicas externas; sin embargo, la interferencia geopolítica desestimula la construcción de un programa transpacífico amplio de largo alcance en el que China pueda tener un papel visible para el cuarteto latinoamericano y para Colombia. En concordancia con tal planteamiento, en primer término se examina el juego de fuerzas que convergen sobre Asia y el Pacífico, con el fin ubicar el contexto global que condiciona las relaciones de China con América Latina. Esta aproximación general facilitará abordar mejor la pregunta concreta de las opciones para Colombia en su inserción en el Pacífico como país fundador de la Alianza del Pacífico que es.

1. La competencia estratégica en Asia y el Pacífico

En términos muy generales, los analistas suscriben el diagnóstico de un sistema global que se desplaza de la unipolaridad hacia la multipolaridad, en razón del tránsito desde el poder magnificado que tuvo Estados Unidos a raíz

de la disolución soviética hacia el influjo de nuevos agentes económicos y políticos como Brasil, China o India, en suma. Pero cuando en ese panorama entra China en consideración sucede con frecuencia que los enfoques anteriores se pliegan en posiciones más bien doctrinarias y opuestas entre quienes reverencian el orden global y quienes abogan por su transformación. Los estudiosos conformistas prestan sus servicios al discurso del *establishment*. Así, por ejemplo, en medio de un lenguaje de cosmopolitismo aparente, un sesgo xenofóbico contra los chinos suele estar presente en el discurso neorrealista de Samuel Huntington, Thomas Friedman o John Mearsheimer. De acuerdo con este último, ese país extenderá su hegemonía a Asia, en su propósito de ejercer un dominio mundial, de tal modo que la contramedida no puede ser otra que reforzar las alianzas estratégicas que Estados Unidos sostiene con Japón, Corea, Australia, Nueva Zelandia y Singapur (Mearsheimer, 2006).

Sin adherirse al *China bashing* —golpear a China—, pero muy a favor del establecimiento, la perspectiva ecléctica inglesa de Barry Buzan y Ole Wæver (2003) los hacen argüir que el poder acumulado por Estados Unidos es tan monumental que no parece lógico pensar en la ruptura de la estructura de 1+4, instalada tras la caída del régimen soviético. Los otros cuatro actores que le siguen en poder son China, Unión Europea, Rusia y Japón. El resultado es la rectoría global estadounidense, ubicada sobre escenarios regionales que comportan cierta lógica interna al modo del macro-complejo de seguridad asiático. En términos parecidos, Amitav Acharya (2011) descubre limitaciones de orden endógeno que impiden que los países asiáticos grandes afecten el sistema global; los halla enfrascados aún en solventar sus sistemas de toma de decisiones y construir sus respectivas entidades nacionales, a pesar de su estatus económico aumentado. Considera, así, que la capacidad de China, Japón o India para contribuir a la gobernanza global está limitada por el déficit de legitimidad en su liderazgo regional. Por tanto, esos gobiernos tendrían que buscar más coordinación mutua para ayudar a remediar los quebrantos mundiales.

A su vez, los intelectuales chinos adoptan las aspiraciones políticas no confrontacionales de Beijing. Ellos argumentan que la cooperación regional de su país se explica por la necesidad de asegurar el crecimiento económico y la estabilidad política interna, debilitar los movimientos nacionalistas y separatistas fronterizos y contrarrestar el poder de Japón y Estados Unidos, pero sin planes hegemónicos orbitales (Kynge, 2010; Ming, 2010; Qin, 2010; Zhao, 2009).

A tono con las declaraciones del Partido Comunista chino, Samir Amin (2013) sí desafía de manera directa al *China bashing* y el dominio estadounidense al explicar por qué los logros sociales chinos superan los de los países llamados «democráticos». En su política exterior, la democracia consultiva china —según califica la dirigencia de Beijing su modelo político— abriga un ascenso armonioso, guiado por los cinco principios de la coexistencia pacífica, que ha de estar asegurado y ha de corroborar aún más la concordia global por medio de las instituciones multilaterales. En cambio, realistas de la vieja guardia, como Zbigniew Brzezinski (1997) y Henry Kissinger (2011), se la jugaron siempre a favor de China, no por alguna estima de la civilización que representa ese país o por los logros del socialismo, sino con el fin de recalcar su prédica contra el ímpetu combativo de Moscú, potenciado al máximo en el entendimiento reciente con Beijing. Así, desde su particular preferencia, tomaron distancia de la monserga «atacar a China», solo para avivar la suya propia de «atacar a Rusia», su enemigo perenne.

De modo objetivo, es necesario trazar la incidencia del arreglo global estratégico en la dinámica regional asiática, donde descuella la fuerza hegemónica que aprovecha los medios coactivos abiertos o encubiertos para mantener a flote su posición regente. El recurso del *hard power* fue de nuevo privilegiado por Estados Unidos en 2017, con la colaboración de aliados como los son —entre otros— Inglaterra, Japón, Israel y Arabia Saudita. Las guerras actuales en torno al Mediterráneo, en Europa Oriental y el centro de Asia tienen que ver, de una u otra forma, con la proyección de ese bloque armado sobre zonas sensibles a sus intereses estratégicos. La contraposición estructurada a ese ordenamiento unilateral proviene de manera primordial de China, en la alianza en primera instancia con Rusia, país que tomó distancia del bloque euroestadounidense tras el fracaso del alineamiento promovido por el dúo Gorbachov-Yeltsin. No es una casualidad, entonces, sino una consecuencia clara de estos movimientos geopolíticos la constitución de la Organización de Cooperación de Shanghái por parte de China y Rusia en 1995 (García, 2014a).

El segundo efecto de la tensión estratégica global ocurre en la reformulación conceptual y práctica de la integración económica. En la cuenca del Pacífico, el fenómeno es visible. En efecto, desde 2009 Estados Unidos se empeñó en extender su dominio global a través de dos macrotratados transcontinentales: la Asociación Transpacífico —Trans-Pacific Partnership (TPP)— y la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión —Trans-Atlantic Trade and

[19]

Investment Partnership (TTIP)—. Ante esa presión, la cúpula china culminó con el vecindario una asociación de carácter más regional. Por eso Beijing lidera la Asociación Económica Regional Amplia —Regional Comprehensive Economic Partnership (RCEP)—, en cuyas negociaciones participan los diez países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático —Association of Southeast Asian Nations (ASEAN)—,¹ más sus seis socios principales con los cuales están vigentes TLC,² para un total de dieciséis Estados involucrados en la integración asiática, con criterios holgados de cooperación económica, mucho más extensos que los asuntos restringidos al comercio y las inversiones, y en el que India también encuentra un marco adecuado a sus intereses.

El tercer aspecto tiene que ver con las implicaciones de estos movimientos generales sobre Asia. Allá avanza con mayor solvencia la integración económica: el comercio intraasiático se elevó entre 1990 y 2014 del 28% al 46% respecto a su comercio total, mientras el Libre Comercio de América del Norte —North American Free Trade Agreement (NAFTA)— pasó del 47 al 44% y el europeo del 69 al 64%.³ La integración asiática es física y económica, en razón de los proyectos de infraestructura de vías, ferrovías y facilidades portuarias y aéreas, así como por las operaciones interindustriales. De hecho, las multinacionales japonesas, coreanas y taiwanesas producen hoy más en China que en sus propios países. Cabe indicar también que esta integración material en las secciones sur y oriental asiáticas opera en medio del enfrentamiento político y estratégico, por la rivalidad persistente entre China y Japón, Corea e India, lo cual no ocurre en la otra sección correspondiente a Asia Central, cuya integración física y económica la apuntalan rusos y chinos.

Pilar del proyecto regional encabezado por China vino a ser el Banco Asiático para Inversión en Infraestructura —Asian Infrastructure Investment Bank (AIIB)—, creado en 2015 en Beijing con un capital de US\$100 mil millones y la participación de 57 países, incluida Inglaterra, a pesar de las objeciones de Estados Unidos. En consecuencia, la idea de una comunidad del Pacífico preconizada por el Foro de Cooperación Asia Pacífico —Asia-Pacific Economic Cooperation (APEC)—, creado en 1980, terminó quebrantada,

1 Brunei, Birmania (Myanmar), Cambodia, Filipinas, Indonesia, Laos, Malasia, Singapore, Tailandia y Vietnam.

2 Australia, China, India, Japón, Nueva Zelanda y Surcorea.

3 Cálculos propios con base en la Dirección de estadística del FMI, a través de la base de datos Euromonitor International Passport.

sin probabilidad de ser recompuesta en el futuro previsible, despejando en compensación más vías de integración intraasiáticas y transcontinental con Europa y África.⁴ En síntesis, la integración asiática actual es física, económica y sinocéntrica, en medio de la tensión estratégica de China con Estados Unidos y a pesar de la rivalidad política con algunos de sus vecinos.

El cuarto aspecto a tener presente es la proyección china sobre otros espacios en contienda. Al respecto, en el Medio Oriente hay coincidencia de posiciones entre China y Rusia, pero no un acuerdo para realizar acciones bélicas compartidas. Ambos auspiciaron el arreglo atómico con Irán e impidieron con su veto el ataque a Siria para derrocar a Al-Bashar en 2013, cuando el presidente francés François Hollande trató de involucrar a la OTAN en las operaciones. Sin embargo, por un apego todavía activo a la no intervención, China ha preferido no participar en el combate abierto en esa zona. Por el contrario, en otro escenario como el africano, su presencia es extensa, planeada y de abierto apoyo a los gobiernos de su conveniencia, con soporte económico y logístico. Respecto a América Latina y el Caribe, dado el extremo cuidado de Estados Unidos por su periferia, los planes se atienen a ese factor y se acomodan a él sin melindres.

2. China y América Latina y el Caribe

[21]

En los últimos años, el auge de los negocios con China es evidente en América Latina y el Caribe. Entre 2000 y 2013, el valor de los bienes transados se elevó de US\$22 mil millones a US\$275 mil millones; es decir, el comercio se multiplicó veintidós veces, mientras que con el resto del mundo solo creció tres veces. Si se exceptúa México, China es de lejos el primer socio comercial de la región, con un 20% del total de las importaciones y las exportaciones, cuando antes representaba solo un 1%. La rapidez como escaló tal posición es sorprendente, ya que en solo quince años dejó de ser un socio secundario en escalones lejanos como el lugar 35 entre los socios comerciales de Colombia y Venezuela para pasar a ser el segundo, lo mismo que para Perú, Argentina y México; y para Brasil, Chile, Cuba y Ecuador es el primero (Cepal, 2015). Es probable llegar a la meta de US\$500 mil millones en comercio mutuo en el 2025, como lo propuso el presidente Xi Jinping (Xinhua, 2015, agosto 1.º).

⁴ El proyecto para la nueva Ruta de la Seda conecta por vía férrea a Asia Oriental con Europa y por vía marítima con Asia Occidental y África, donde los puntales son los puertos de Kenia y Djibuti. Esta red intercontinental de estaciones y puertos corresponde al conocido proyecto chino One Belt-One Road.

Como es fácil anticipar, la inversión directa también creció en forma inusual, la cual está concentrada en los sectores clave de los insumos para la industria china, así como en la provisión de alimentos animales y humanos. Así, los US\$8 mil millones anuales que las empresas chinas ubicaron en la región en 2010 equivalieron al total invertido por ese país durante las dos décadas anteriores a ese año. Las inversiones productivas chinas en América Latina y el Caribe corresponden a la cuarta parte de sus inversiones mundiales y están destinadas en 90% a la explotación de los recursos naturales. Por ese motivo, las empresas estatales —China National Petroleum (CNPC), China Petroleum & Chemical Corporation (Sinopec), China National Offshore Oil Corporation (CNOOC) y Sinochem— y mineras hacen presencia en Chile, Perú, Brasil, Venezuela, Argentina, Bolivia y Ecuador, sobre todo (Cepal, 2015).

Entre otras adquisiciones, vale la pena recordar que desde 2010 las corporaciones estatales chinas están más activas en Suramérica. Ese año, CNOOC compró la mitad de la petrolera Bidas en Argentina por US\$3100 millones, y sobre esa base adquirió la Pan American Energy por US\$7 mil millones. En Brasil, Sinopec, la más grande refinadora china, se hizo al 40% de la española Repsol por US\$7 100 millones. En 2011, destinó US\$5 mil millones para adquirir el 30% de Galp, una empresa portuguesa, y CNOOC compró Esso Argentina, por US\$800 millones. En 2012 se anunció la asociación entre Jie Yang, de Guangdong, y PDVSA para la construcción de dos refinerías en China, a un costo de US\$16 mil millones. En fin, en 2014, Glencore Xstrata PLC le vendió la mina de cobre Las Bambas, en Perú, a Minmetals, a un costo de US\$5 800 millones (Justo, 2014, mayo 5).

Por otro lado, crece el contencioso social y ambiental. Para nadie es un secreto que los ambiciosos planes de choque contra la pobreza de los gobiernos de izquierda en Brasil, Argentina o Venezuela, en buena medida fueron posibles gracias a los recursos derivados de la demanda especial china. En 2013, Brasil todavía sostenía un superávit comercial US\$8 700 millones con ese país, Venezuela de US\$7 mil millones y Chile de US\$3 500 millones. Asimismo, la inversión directa china en América Latina y el Caribe ascendió a US\$14 mil millones (Cepal, 2015). Tales recursos fueron esenciales para dignificar la vida de millones de personas en una región que llegó al siglo xxi con la mitad de su población sin cubrir las necesidades básicas. Así, para 2013 Brasil y Bolivia bajaron el índice de pobreza a 18%, y Argentina y Uruguay

al 5%. No obstante, si bien con reducciones notables, la penuria siguió por encima del 30% en Centroamérica, Venezuela y Paraguay (Cepal, 2014).

Pero la estabilidad social financiada por estos recursos extraordinarios tuvo una duración limitada, después de lo cual quedó al descubierto el desafío de la reprimarización (Pastrana, 2015, p. 69) o, mejor dicho, el drama de la enfermedad holandesa de nuestros países y el concomitante deterioro de los indicadores sociales. El hecho es que el intercambio con China durante la fase de los precios elevados de los commodities acentuó la división internacional del trabajo que profundizó la especialización de América Latina y el Caribe en la actividad primaria, con las pocas excepciones de México y algunas islas del Caribe, donde los aportes de la industria o los servicios al PIB son acentuados. El trastorno económico le quitó el piso a los gobiernos de turno, en su mayoría de centro izquierda, que no terminan de maniobrar contra las presiones de los opositores políticos para sacarlos del mando.

La consabida maldición de los recursos naturales presenta ribetes no menos dramáticos en la destrucción de los ecosistemas, que alientan el rechazo de las comunidades a ciertas inversiones. Así, en 2012 la embajada china en Quito fue tomada por los manifestantes contra la megaminería de Ecuacorrientes; en 2014, nuevas protestas condenaron las muertes de decenas de obreros en la construcción de la represa Coca Codo Sinclair en la Amazonia (Ellis, 2014) y se renovaron en 2015 por parte de grupos ambientalistas. En Perú, en abril de 2016, las comunidades indígenas de Challhuahuacho regresaron al paro contra el proyecto minero de Las Bambas, un proyecto cuprífero del consorcio australiano-chino MMG, que vale US\$10 mil millones, está ubicado a 4000 metros en Apurímac y parece contaminar y agotar los acuíferos. En 2014, los gremios y trabajadores textiles brasileños se tomaron las calles de varias ciudades para denunciar la «competencia desleal» de los productos chinos. En fin, en enero de 2016 los trabajadores de Sinohydro, en Bolivia, entraron en huelga a raíz de las malas condiciones laborales de la empresa china que construye una represa en Cochabamba. Estos son los ingredientes de lo que Ariel Armony y Nicolás Velásquez (2015) califican como creciente «sentimiento antichino», con consecuencias adversas para los intereses de Beijing en nuestro medio.

Esta tensión puede ser agravada en los próximos años. Así, por ejemplo, además del rechazo de los grupos ambientalistas, los trabajadores ecuatorianos

se opusieron a la contratación de mil ingenieros chinos para la construcción de la represa Coca Coda, el proyecto ya mencionado, que vale US\$2 200 millones (Krauss y Bradsher, 2015, agosto 11, pp. 4-5). Asimismo, en ese país, el riesgo de pago del préstamo para la refinería de Manta es alto, dado el monto de US\$12 mil millones de dólares que cuesta dicha planta, prevista para procesar 300 mil barriles de petróleo en una fase de precios internacionales deprimidos que ya no la justifican tanto. En los años de abundancia, China irrigió recursos para obras que tal vez no logren la rentabilidad esperada, si es que llegan a ser concluidas. Entre 2004 y 2015 el Banco de Exportación e Importación de China y el Banco Chino de Desarrollo concedieron créditos por US\$125 mil millones, monto superior a los préstamos del Banco Mundial y el BID juntos.⁵ El 60% de los recursos comprometidos en la región financiaron proyectos mineros, vías y generación eléctrica en varios países, entre los cuales Venezuela, Brasil, Argentina, Ecuador recibieron la mayor parte. Se considera que ello obedece a que sus distorsiones macroeconómicas les dificulta acceder a otras fuentes de crédito (Cepal, 2015).

Es lógico que el gobierno chino advierte estas fuerzas desfavorables a su política de alcanzar un relacionamiento en términos fluidos con la comunidad internacional. La administración china es de corte confuciano, meritocrática y sometida a planes de largo plazo; por esa razón, en su política exterior incluye mecanismos de diálogo con los continentes y regiones sin mucha prisa, entre los cuales se halla América Latina y el Caribe. Si el presidente Obama justificaba la relación con América Latina como parte de su «liderazgo global» (US Department of Defense, 2012, enero) y Trump como un peldaño para «hacer de nuevo grande a Estados Unidos», en el *Policy Paper* para nuestra región de 2008 China prefiere reconocer primero el potencial de desarrollo económico y social y las posibilidades de cooperación, respetando las «realidades nacionales, manteniendo la estabilidad política y registrando un crecimiento económico sostenido con la constante mejora del nivel de vida de su población» (Chinese Government, 2008).

Bajo las premisas de paz y desarrollo, el *Policy Paper* para América Latina y el Caribe subrayó el trato en pie de igualdad, respeto mutuo, beneficio recíproco, ganancia compartida e intercambio cultural y social similar al económico, con el propósito del aprendizaje mutuo de las

⁵ En 2015 el Banco Mundial prestó a la región solo US\$8 mil millones, 8% menos que en 2014, y el BID bajó a US\$11 500 millones, 14% menos que el año anterior (Centro de Estudios Latinoamericanos sobre China, 2016).

experiencias provechosas a favor del desarrollo y el progreso mundial. Como meta de fondo, China abre una verdadera avenida de oportunidad para la integración regional cuando formula su interés por entenderse de tú a tú con las organizaciones regionales. En esa línea, el primer encuentro de los representantes de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac) y el gobierno chino tuvo lugar en Beijing en enero de 2015.⁶ Ahora bien, la confrontación estratégica con Estados Unidos le impone a la dirigencia en china inhibiciones en la cooperación con América Latina y el Caribe, con el propósito de eludir movimientos adicionales de fuerza en su contorno inmediato, de por sí bastante militarizado. Es el caso de Japón, Corea e India, pero que podría ser más agudo con más bases extranjeras en Vietnam, Tailandia, Filipinas o Asia Central. Es por ello que, si bien ciertos analistas alertan sobre la erosión de la presencia estadounidense en la región (Ellis, 2009; Callahan, 2012), la verdad es que China procura en nuestra zona una cooperación en defensa muy restringida. Así, los jets Karakorum vendidos a Bolivia por US\$58 millones, el sistema de vigilancia de US\$150 millones a Venezuela y el equipo de transporte militar a Perú por US\$300 millones en 2010 (Marcella, 2012) representan cifras mínimas frente a las ventas de miles de millones de dólares de Estados Unidos, Rusia, Francia e Israel, los grandes proveedores de armas a estos países. Asimismo, los soldados chinos que cruzan el Pacífico vienen solo como parte de los contingentes de la ONU, al modo de los 130 soldados en la Minustah en 2014.

[25]

Con todo, es probable que el activismo económico chino se retraiga en esta región debido a los factores siguientes: la concentración de la dirigencia en el desarrollo del mercado interno y la integración asiática, la menor disponibilidad de recursos para financiar e invertir en proyectos en el exterior, las dificultades de recuperar las inversiones y los préstamos para algunos proyectos de baja o nula rentabilidad, la molestia de algunas comunidades con la presencia china y la animadversión por parte de nuevos dirigentes que llegan al poder con una afiliación precisa a las medidas de Washington.

3. La agenda asiática de la Alianza del Pacífico

Frente al anterior panorama, como heredera del intento de asociar los países latinoamericanos del borde Pacífico en un mecanismo de proyección a Asia, cual fue el propósito de la iniciativa peruana Arco del Pacífico en

⁶ En 2004 y 2009 había dado pasos a la participación en los organismos regionales el ingreso como observador en la OEA y la adhesión al BID (Velosa, 2014).

2006, la Alianza está llamada a presentar mejores resultados. De hecho, sus decisiones han sido numerosas y de aplicación rápida, aunque un vínculo conjugado con Asia siga ausente. Hasta 2016 no hubo espacio para diseñar la proyección concertada al Asia, en razón a que tres de los miembros, exceptuada Colombia, estaban ocupados en ratificar el TPP.

En 2013 el ánimo de «integración profunda» llevó a los presidentes a consignar la desgravación del comercio, la facilitación de las transacciones financieras y el mejoramiento de sus bases fiscales mediante el intercambio de información tributaria y financiera, y con el fin adicional de combatir la corrupción y la evasión tributaria. Fueron acordadas, asimismo, las medidas para aumentar la movilidad académica, la investigación conjunta, el intercambio estudiantil y la cooperación artística. Más que una institución sobrecargada, se impuso la idea de un mecanismo de integración versátil en manos de los mandatarios, coordinado por una secretaria *pro tempore* que depende de los insumos del Grupo de Alto Nivel (GAN), compuesto por los viceministros de relaciones exteriores y comercio, quienes se apoyan, a su vez, en los grupos técnicos propios y del BID (García, 2014b).

[26]

A pesar de los retrasos en la ratificación del Tratado y del acuerdo sobre el Fondo de Cooperación de la Alianza del Pacífico,⁷ el plan de trabajo se viene cumpliendo en la facilitación de los negocios y la movilidad de personal, gracias a la exención de visas. Así, por ejemplo, el programa de eliminación de aranceles se extiende ya al 90% del universo arancelario y cubrirá el 100% en 2023. Avanza, asimismo, la integración bursátil, a través del Mercado Integrado Latinoamericano (MILA), que con 986 empresas enlistadas se convirtió en la mayor bolsa latinoamericana (Blanco, 2015). Además, desde 2013 los empresarios cuentan también con una red propia, la Asociación de Emprendedores de Latinoamérica.

Frente a la comunidad internacional, la estrategia publicitaria de la marca Alianza del Pacífico fue exitosa hasta el punto de presentarse en la Asamblea General de la ONU y en el Foro Económico Mundial de Davos. El hecho de contar con una población total de 214 millones de personas, con un promedio de ingresos de US\$16 mil, atrae la atención de numerosos países. Algunos de ellos, como Costa Rica y Panamá, se alistan para ser miembros

⁷ En marzo de 2016, la Corte Constitucional de Colombia declaró inexecutable la Ley 1749 de 2015 de adhesión al Fondo, por razones de trámite (Romero, s. f.).

plenos, en tanto que 39 países de América, Europa y Asia son observadores. En el ámbito diplomático, se abrieron embajadas compartidas en Ghana, Argelia y Vietnam. Sin embargo, la estrategia asiática aún no aparece (Cámara de Comercio de Cali, 2016).

Respecto al propósito de coordinar una política transpacífica, aquí la meta puede ser diluida por las preferencias de manejo individualizado de esas relaciones. Por ese motivo, en ese frente no hay cambios posteriores a la suscripción del acuerdo en 2013. En la práctica, el grupo tiene dos experiencias contrapuestas: Chile y Perú, de un lado, que sostienen un intercambio favorable con el Pacífico occidental, en medio de la fase deprimida de las commodities; y Colombia y México, cuyas ventas a Asia representan solo el 5% de sus ventas externas y un imponente déficit comercial. Los dos primeros sacan ventaja de los TLC con Japón, Corea, China, Singapur, Tailandia y Vietnam. México lo tiene solo con Japón, y Colombia lo suscribió en 2012 con Corea, acuerdo que fue aprobado cuatro años después. No se deriva de estos datos que los TLC sean el requisito para fortalecer las exportaciones, más bien, ellos ilustran el precio que pagan los países que sacrifican sus industrias domésticas.

Colombia y México tienen un impedimento estructural al extender su red de TLC frente a la superior competitividad manufacturera asiática. En particular, la industria de ambos afronta a diario el embate de las importaciones baratas chinas. Las exportaciones colombianas actuales de US\$2 mil millones contrastan con las importaciones de US\$15 mil millones, que para México son de US\$5 mil millones frente a importaciones por \$50 mil millones. Se entiende así la dificultad de establecer un plan de acción conjunto, dados los intereses opuestos de Chile y Perú, bien compenetrados con China, mientras Colombia y México tratan de detener el desmantelamiento de la industria doméstica a causa de las importaciones masivas desde allá (Cámara de Comercio de Cali, 2016).

[27]

Ahora bien, no es que no haya en absoluto una agenda transpacífica para la Alianza. De hecho, ya empieza a operar; sin embargo, no como el fruto de su coordinación autónoma, sino afectada por el esquema comercial global de Estados Unidos y la reacción aislada de los países. Revisemos, entonces, las opciones de política exterior por parte de Colombia en este contexto.

4. Opciones colombianas en la Alianza del Pacífico y frente a Asia

La Alianza del Pacífico viene a ser el último eslabón de la cadena de proyectos para vincular al país al dinamismo económico de Asia Oriental, es decir, de hacer realidad su vocación transpacífica, al modo de Chile y Perú. Los primeros intentos se remontan a la década de 1970, a los tiempos del presidente Alfonso López Michelsen, quien deseaba industrializar el país y elevar el ahorro público y privado, al estilo asiático, bajo el lema de convertirlo en «el Japón de Suramérica». Tales vislumbres siguen siendo un sueño, cuando advertimos que la riqueza nacional se multiplicó más de veinte veces desde entonces, pero, a diferencia de Japón y sus tasas de desempleo de solo 3%, el 70% de la fuerza laboral colombiana se debate entre la informalidad y la falta de trabajo, con incidencia en la elevada pobreza. Aunque esquivo, un avance consistente transpacífico es un propósito de los planes de gobierno. Los resultados de los años recientes guardan relación con la participación en Foro de Cooperación de América Latina y Asia del Este (Focalae), el establecimiento de Centro Regional de Estudios sobre Asia y el Pacífico, en Cali, y el documento *Colombia on the Road to APEC*. En lo básico, las autoridades no dejan de considerar el trato con Asia, pero sin poder acordar un plan recio y viable.

[28]

Para indagar mejor el plano sobre el cual conformar una política transpacífica más lúcida por parte de Colombia habría que imaginar un pentágono, con cinco actores en cada uno de sus vértices: el proyecto APEC, Estados Unidos, China, la Alianza del Pacífico y Colombia. No es que los países vecinos y el lado del Pacífico no cuenten, por supuesto, deben ser considerados todos los vinculados a las organizaciones de la Cuenca; sin embargo, la proyección ha de ser diseñada sobre unos hitos y estos son los puntales que deben soportar las políticas deseables.

En relación con APEC, sus objetivos de regionalismo abierto se encuentran al mismo nivel de 1995, cuando Colombia hizo la solicitud de membresía. Al poco tiempo, fueron aceptados Rusia, Perú y Vietnam, sin que las demás candidaturas hayan sido puestas sobre la mesa. Por el contrario, desde 1998, el grupo estableció la moratoria que sigue vigente. Las razones para no ensanchar la organización se refieren al fortalecimiento de la institucionalidad, pero en realidad pesan más dos motivos centrales: por un lado, la baja capacidad de control de las decisiones por tratarse de medidas no

vinculantes, debido a la renuencia a crear una estructura punitiva tradicional. En cierta forma, las iniciativas voluntarias siguen en pie y la organización prolonga el principio fundador de ser solo un foro económico, es decir, un escenario deliberativo no más, sin pretensiones coactivas como en la OMC, entidad que fue parte de las metas de APEC.

Por otro lado, el avance hacia un esquema más riguroso de integración choca contra los intereses geopolíticos. En la práctica, la tensión básica en la zona del Pacífico refleja la competencia global protagonizada, ante todo, por China y Estados Unidos, el primero como poder contestatario —«gran poder inconforme, pero responsable» (Breslin, 2011, pp. 1343)— y el segundo en su papel rector y hegemónico. Su política hacia el Pacífico toma direcciones opuestas, ya que mientras la diplomacia de Beijing procura, a causa de sus intereses políticos y económicos, acodar el bloque económico de Asia Oriental, la estrategia de Washington se concentra ahora en maximizar los réditos de los acuerdos bilaterales. Si la creación de la OMC era el objetivo fundacional de APEC, su meta se cumplió y su persistencia no es otra que la de un foro desvertebrado por la fractura estratégica, que subsiste por esa misma razón: ser un espacio de examen de los asuntos económicos y sociales. En este sentido, no le ofrece un valor agregado a Colombia.

[29]

Respecto a Estados Unidos, su política asiática es parte de la tenaza sobre sus rivales estratégicos. El segmento oriental de ese pliegue atiza su influencia política y militar sobre Europa, con intereses económicos y comerciales selectivos, para evitar los costos de ayudar a sostener el esquema integracionista del viejo continente. El segmento occidental privilegia las relaciones con los aliados militares, como lo son Australia, Brunei, Japón, Nueva Zelanda y Singapur. Detenidos los macroacuerdos del Atlántico y del Pacífico en 2017, sus objetivos básicos de asegurar el movimiento de los capitales estadounidenses alrededor del mundo y proteger sus marcas y *know-how* seguirán intactos en los acuerdos renegociados de manera bilateral, y algunos colectivos con unos cuantos socios especiales. En el meollo de las negociaciones estadounidenses, burócratas y empresarios fuerzan a la contraparte a desregulaciones intensas comerciales y financieras, al tiempo que refuerzan los mecanismos para el control del conocimiento patentado. De ese modo, las hasta hace poco controversiales leyes estadounidenses Protect Intellectual Property Act [Preventing Real Online Threats to Economic Creativity and Theft of Intellectual Property Act] (PIPA), Stop Online Piracy Act

(SOPA) y Anti-Counter Feiting Trade Agreement (ACTA),⁸ en parte aceptadas por algunos países, cobran ahora plena vigencia.

En cuanto al ángulo chino, las negociaciones colectivas de la Alianza del Pacífico encontraron la doble barrera del cansancio de México, Perú y Chile por la atención brindada al TPP durante varios años, y la decisión de Beijing de priorizar la integración asiática. De esa manera, su esquema de comercio preferencial e inversiones se extiende a otros socios asiáticos y de Oceanía como Australia, Brunei, Nueva Zelanda y Vietnam, de manera prioritaria. En el frente norte y oeste, China alienta el vínculo militar y económico con Rusia y Asia Central, mientras avanza en la conexión transcontinental con Europa y África, a través de los corredores físicos terrestre y marítimo de la nueva Ruta de la Seda.

Sobre el vértice de la Alianza en sí misma, la decisión estadounidense de frenar el TPP en 2017 le abre al grupo un margen amplio de maniobra, porque su preocupación central ya no es la de acomodarse a la normatividad prevista por el macroacuerdo. Aparecen, entonces, estímulos para considerar y negociar un proyecto común para el trato con China, frente al cual las estructuras productivas de Chile y Perú se adaptan mejor a la complementariedad económica con ese país.

Llegamos así a la arista colombiana. Sin duda, en Asia Oriental hay oportunidades inmensas de intercambio, cuyo aprovechamiento va a requerir reformas sustanciales de la estructura productiva nacional y los mecanismos de proyección internacional. Por una parte, exponer el aparato industrial a los socios asiáticos con mejores índices de productividad solo va a acelerar el desmantelamiento del parque industrial sobreviviente, cuya absorción de mano de obra parece irremplazable por el sector extractivo y los servicios. En ese sentido, la política transpacífica debe estipularse, después de llegar a acuerdos con los empresarios, los sindicatos y el sector académico.

Por otra parte, las gestiones adelantadas hasta ahora para ingresar a APEC, como prioridad de esa política, aparecen como un esfuerzo innecesario, ya que no hay ganancias tangibles en ese club. De ser cierto lo analizado atrás, APEC no puede regular ni administrar el desenvolvimiento económico

⁸ ACTA es una medida contra la copia de productos aceptada por Australia, Canadá, Corea del Sur, Nueva Zelanda, Marruecos y Singapur en octubre de 2011, en Tokio (Office of United States Trade Representative, 2011, octubre 1.º).

de la cuenca del Pacífico, ya que por el lado de Asia avanza el proceso de integración alrededor de RCEP y en el marco americano y transpacífico renace la política de los arreglos bilaterales.

Tomar en cuenta las lecciones de los acuerdos comerciales es ineludible. Los resultados de los TLC para Colombia son objeto de aguda controversia. Es claro que los TLC con Europa y Estados Unidos no superaron las expectativas iniciales, y más bien sus efectos sobre el aparato productivo nacional requieren una evaluación completa. Con Estados Unidos, el país no solo perdió su posición superavitaria, sino que la convirtió en una relación de déficit crónico por el ingreso masivo de alimentos. Dichas importaciones están alterando la dieta y dañando la salud. Lo mismo que en México, el ingreso masivo de productos alimenticios ultraprocesados, con exceso de azúcar, sal, grasa *trans* —con adición de hidrógeno al aceite vegetal— y aditivos de sabor y color, así como de las bebidas azucaradas y comidas rápidas, junto con el sedentarismo, está a la base el rápido incremento de «enfermedades crónicas y degenerativas, como obesidad, diabetes, hipertensión arterial, algunos tipos de cáncer y enfermedad(es) cargiocerebrovascular(es)» (Bejarano, 2016, marzo 12, p. 6). Ambos son casos ilustrativos de países que perdieron su soberanía alimentaria, sin posibilidad por ahora de restablecerla.

[31]

De otro lado, la «lluvia de demandas» de las multinacionales norteamericanas y europeas contra el Estado colombiano es abrumadora. Hace poco la minera estadounidense Cosigo hizo una demanda por US\$16 mil millones por los supuestos daños ocasionados por el veto a usar los títulos adquiridos para extraer oro en el parque natural Yaigójé-Apaporis. Las suizas Glencore y Novartis hacen reclamos contra las normas para proteger ciertos ecosistemas y facilitar la producción de medicinas genéricas con base en el TLC con la Unión Europea. La canadiense Eco Oro exige multimillonarias compensaciones por la negativa de las autoridades ambientales a permitir el uso de los títulos mineros que posee en el páramo de Santurbán. Todas ellas solicitan a sus gobiernos hacer cumplir las cláusulas de no expropiación consignadas en los respectivos TLC. De esa manera, las manos de los Estados vulnerables quedan atadas para proteger los intereses de sus pueblos y caen en litigios que los tribunales de arbitrio, por lo general, fallan a favor de las empresas multinacionales (Rodríguez, 2016, p. 23).

Además del veto de las autoridades estadounidenses a las nacionalizaciones, su gran apuesta en los acuerdos comerciales es aplicar su

política de marcas y patentes. La economía colombiana es muy vulnerable al respecto, en varios sectores como los de *software*, medicamentos, semillas y protección de su biodiversidad (Superintendencia de Sociedades, 2016).

Conclusiones

Más allá de la fase de «demanda especial asiática» que le trajo a América Latina y el Caribe financiamiento temporal y profundos desequilibrios productivos, sociales y ambientales, la recomposición de las relaciones transpacíficas ha de pasar por un balance objetivo. Lo ideal sería poder estructurar un esquema compartido por toda la región, en el marco de la Celac. Claro que esa noble aspiración se pierde frente a la baja capacidad de convocatoria de la Comunidad en este momento y al hecho de que tres países del borde occidental y miembros de la Alianza del Pacífico estuvieron distraídos en la negociación del TTP. No obstante, desvertebrado ese proyecto, la Alianza tendría mayor interés en sacar adelante acciones conjuntas frente a los retos y oportunidades en Asia si hubiera suficiente voluntad política para atender el desafío.

[32] Respecto a la relación de la Alianza con China, es preciso tener presente que, con bastante pragmatismo, Chile y Perú preservan el TLC con ese país. La necesidad de revisar el abultado desbalance que soportan México y Colombia debe enriquecer la agenda del grupo en la suscripción de acuerdos del grupo con China. Es de suma importancia que algunos tipos de coordinación en asuntos comerciales, de inversiones, sociales y ambientales sigan en estudio en encuentros más amplios, dentro del diálogo China-Celac, si la fatiga no detiene dicho proceso de concertación.

Debido al estancamiento del curso integrador en torno a APEC, son pertinentes acuerdos entre subgrupos de países del lado y lado del Pacífico. En tal sentido, la Alianza del Pacífico puede ser observadora en Asean y promover los encuentros de la Celac con otros países sobresalientes en los asuntos asiáticos: además de China, con Japón, India, Rusia, Corea del Sur e Indonesia. En un momento de revisión del comercio global por efecto de las medidas proteccionistas estadounidenses, Colombia y México tienen posibilidad de reactivar la integración latinoamericana y del Caribe, que incluya proyectos de racionalización industrial, mejoramiento de las comunicaciones, fusión de sus mercados de valores y autonomía financiera y tecnológica.

De manera más específica, Colombia está en mora de evaluar los resultados de los TLC que más afectan la producción nacional, generan demandas multimillonarias contra el Estado y socaban la soberanía alimentaria. Dado el gran paso de la concordia nacional por medio de la negociación política con la insurgencia, la restructuración económica ha de despejar el camino del compromiso popular con las directrices normativas y la administración pública. Sin duda, un país con un grado significativo de avenencia social y solidez institucional puede estar mucho mejor posicionado para cumplir con el liderazgo regional y la promoción de los acuerdos internacionales que demanda la edad global actual. Ello tendría un efecto positivo inmediato sobre la agenda de la Alianza del Pacífico y satisfaría muchas de las expectativas que entorno a ella se crearon.

Referencias bibliográficas

1. Acharya, Amitav (2011). Can Asia Lead? Power Ambitions and Global Governance in the Twenty-First Century. *International Affairs*, 87 (4), pp. 853-869. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2346.2011.01007.x>
2. Amin, Samir. (2013). ¿China es capitalista o socialista? *El Viejo Topo*, 302, pp. 29-41.
3. Armony, Ariel y Velásquez, Nicolás. (2015). Anti-Chinese sentiment in Latin America: An Analysis of Online Discourse. En: Dussel Peters, Enrique (ed.). *Beyond Raw Materials: Who are the Actors in the Latin America and Caribbean-China Relationship?* (pp. 17-49). Buenos Aires, México D. F., Pittsburgh: Nueva Sociedad, Center for Latin America Studies, Red Académica de América Latina y el Caribe sobre China, University of Pittsburgh.
4. Bejarano, John. (2016, marzo 12). TLC aumenta malnutrición en los colombianos. *UN Periódico*, p. 6.
5. Blanco, Adrián. (2015). La Alianza del Pacífico: un largo camino por recorrer hacia la integración. *Wilson Center*. Recuperado de https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/La_Alianza_del_Pacifico_Blanco_0.pdf
6. Bobbio, Norberto. (1997). *El tercero ausente*. Madrid: Cátedra.
7. Breslin, Shaun. (2011). The «China Model» and the Global Crisis: From Friedrich List to a Chinese Mode of Governance? *International Affairs*, 87 (6), pp. 1323-1343. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2346.2011.01039.x>
8. Brzezinski, Zbigniew. (1997). *The Grand Chessboard- American Primacy and it's Geostrategic Imperatives*. New York: Basic Books.
9. Buzan, Barry y Wæver, Ole. (2003). *Regions and Powers. The Structure of International Security*. Cambridge: Cambridge University. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511491252>

[33]

10. Callahan, William. (2012). China's Strategic Futures. *Asian Survey*, 52 (4), pp. 617-642. <https://doi.org/10.1525/as.2012.52.4.617>

11. Cámara de Comercio de Cali. (2016). Todos para uno: cuatro años de la Alianza del Pacífico. Recuperado de <http://www.ccc.org.co/file/2016/06/Informe-Economico-N76.pdf>

12. Centro de Estudios Latinoamericanos sobre China. (2016). *China en América Latina. Seguimiento de temas en la prensa latinoamericana. China prestó más dinero a América Latina en 2015 que el BM y el BID juntos*. Santiago: Universidad Andrés Bello.

13. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). (2014). *Panorama social de América Latina*. Santiago de Chile: Cepal.

14. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). (2015). *Primer Foro de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y China: Explorando espacios de cooperación en comercio e inversión*. Santiago de Chile: Cepal.

15. Chinese Government. (2008). China's Policy Paper on Latin America and the Caribbean. Recuperado de http://www.gov.cn/english/official/2008-11/05/content_1140347.htm

16. De Gregori, Waldemar. (2002). *Capital intelectual. Administración sistémica*. Bogotá, D. C.: McGrawHill.

17. Ellis, Evan. (2009). *China in Latin America. The Whats & Wherefores*. Boulder: Lynne Rienner.

18. Ellis, Evan. (2014). *China on the Ground in Latin America. Challenges for the Chinese and the Impacts on the Region*. New York: Palgrave Macmillan.

19. García, Pío. (2014a). *Geopolítica del siglo XXI. El factor asiático*. Bogotá, D. C.: Universidad Externado de Colombia.

20. García, Pío. (2014b). Escrutinio de la Alianza. *Perspectiva Empresarial*, 1 (1), 83-93.

21. Justo, Marcelo. (2014, mayo 5). Las cinco principales inversiones de China en América Latina. *BBC*. Recuperado de http://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/05/140428_china_america_latina_inversiones_lp

22. Kynge, James. (2010). *China Shakes the World. A Titan's Rise and Troubled Future- And the Challenge for America*. New York: Mariner.

23. Kissinger, Henry. (2011). *On China*. New York: Penguin.

24. Krauss, Clifford y Bradsher, Keith. (2015, agosto 11). China ayuda bajo condiciones. *El Espectador*, pp. 4-5.

25. Marcella, Gabriel. (2012). China's Military Activity in Latin America. Recuperado de <http://www.americasquarterly.org/Marcella>

26. Mearsheimer, John. (2006). China's Unpeaceful Rise. *Current History*, 105 (690), pp. 160-162.

27. Ming, Wan. (2010). The Great Recession and China's Policy Toward Asian Regionalism. *Asian Survey*, 50 (3), pp. 520-538. <https://doi.org/10.1525/as.2010.50.3.520>
28. Office of United States Trade Representative. (2011). Anti-Counterfeiting Trade Agreement (ACTA). Recuperado de <http://www.ustr.gov/acta>
29. Pastrana, Eduardo. (2015). *La Alianza del Pacífico: de cara a los proyectos regionales y las transformaciones globales*. Bogotá, D. C.: Fundación Konrad Adenauer.
30. Qin, Yaqing. (2010). International Society as a Process: Institutions, Identities, and China's Peaceful Rise. *The Chinese Journal of International Politics*, 3 (2), pp. 129-153. <https://doi.org/10.1093/cjip/poq007>
31. Rodríguez, César. (2016, abril 1.º). Lluvia de demandas. *El Espectador*, p. 23.
32. Romero, Vanessa. (s. f.). ¿Una política exterior con vicios de procedimiento? Sobre la declaración de inconstitucionalidad del Fondo de Cooperación de la Alianza del Pacífico para Colombia. *Opric*. Recuperado de <http://www.opric-unal.org/index.php/produccion-academica/analisis-de-coyuntura/1718.html>
33. Superintendencia de Sociedades. (2016). *Comportamiento de las empresas más grandes por ingresos, del sector real*. Recuperado de <https://www.supersociedades.gov.co/Historial%20de%20Noticias/2016/EE3-%201000%20mas%20grandes%20Colgap%20y%20Niif-%202016%20V%2017.pdf>
34. United States of America. Department of Defense. (2012). Sustaining U.S. Global Leadership. Priorities for 21st Century Defense. Recuperado de http://www.defense.gov/news/defense_strategic_guidance.pdf
35. Velosa, Eduardo. (2014). China y la Alianza del Pacífico: los limitantes en el proceso de construcción mutua. En: Pastrana, Eduardo y Gehring, Hubert (eds.). *Alianza del Pacífico: mitos y realidades* (pp. 403-430). Bogotá, D. C.: Universidad Santiago de Cali.
36. Xinhua. (2015, agosto 1.º). China-CELAC Trade to Hit \$500 billion: Xi. *China Daily*. Recuperado de http://www.chinadaily.com.cn/china/2015-01/08/content_19273221.htm
37. Zhao, Suisheng. (2009). Chinese Nationalism and Approaches toward East Asian Regional Cooperation. *Council of Foreign Relations*. Recuperado de <https://www.cfr.org/content/publications/attachments/NEAsiaSecurityZhao.pdf>